

Y de su bienhechor la mano besa.  
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,  
Y ocupando el arzon deja el alcázar  
De taciturna muchedumbre en medio;

De Córdoba saliendo acompañado  
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,  
Experiencia y lealtad aseguraban  
De todas sus empresas el acierto.

Dejó Mudarra á Córdoba, obediente  
De su alto protector á los deseos;  
Aunque siente salir de las murallas  
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albaida Zaide  
Le recibió con paternal afecto,  
Bien que notó en su frente oscurecida,  
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albaida y Córdoba pequeña  
Distancia corre, y se dilata en medio  
Un apacible llano, donde hoy pastan  
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo  
La ciudad se descubre, del risueño  
Guadalquivir en la feraz ribera,  
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronce,  
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,  
Han reemplazado con mejor destino  
Del árabe Almuheden el ministerio;

Y desde la ciudad se ve la Albaida (22)  
Entre encinas y olivos verdinegros,  
Al pié de la alta sierra, coronando  
Un pardo risco entre apacibles huertos.

Este espacio tan corto y agradable  
El jóven lo reputa por inmenso,  
Pues el que le divide de su amada,  
Jamás el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto más terrible lo juzgara,  
Si penetrase el triste los decretos  
Del Destino inmutable!... Por fortuna  
Nó alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á Kerima cada tarde  
(Y esta esperanza es todo su consuelo)  
De Zahira en la tumba, y en los bosques,  
A do siempre dirige sus paseos.

El bárbaro Giafar que en las revueltas  
De la costa africana sus proyectos  
De ambicion insaciable funda altivo,  
Y tal vez el trastorno del imperio;

Y que del Almanzor la alta fortuna,  
El saber, la influencia y los esfuerzos  
Espera que naufraguen en la empresa,  
A que partió con tanto menosprecio;

Juzga en su mano para siempre firmes  
El alto mando y el poder supremo,  
Y en pos de gigantescas esperanzas  
Por abismos sin fin se arroja ciego.

¡Ah! ¡que si eran falaces las del jóven,  
Las del anciano audaz no lo son ménos!  
Pues si no sabe amor lo que está escrito,  
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,  
Juzgando realidades sus deseos;  
Y en tanto de su necia confianza  
Inexorables búrñanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar más necesario  
De Kerima y Zeir el himeneo,  
Para llegar al fin de sus afanes;  
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,  
Libra su corazon de todo miedo;  
Y es ya su voluntad raudo torrente,  
Que mira roto el malecon opuesto.

¿Quién podrá resistirle?... Ama á su hija  
(Que ama el tigre tambien á sus hijuelos),  
Mas la ambicion sacrificarla exige,  
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

«Hágase al punto la precisa boda;  
Hágase al punto sin pararse en medios;  
Todo obstáculo ceda.» Dice, y vase  
A buscar á Kerima luego luego.

—En su estrado magnífico, que adornan  
Alfombras del oriente, por asiento  
Un almohadon de seda de Damasco,  
De blanda pluma tingitana lleno;

Bordando con aljófar y con sirgo  
Una manga de verde terciopelo,  
Halla el tirano padre á la hija hermosa,  
Sola con sus amantes pensamientos;

Y ajustando á su rígido semblante  
La máscara falaz de un dulce afecto,  
Le declaró templado sus ideas,  
Aunque con tono de quien va resuelto.

Tembló Kerima, y pálida escuchóle,  
Muda y sin respirar por un momento;  
Mas pronto un mar de lloro derramando,  
Apuró excusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,  
A sus tiernas caricias y lamentos,  
Que un peñasco de bronce conmovieran,  
Se alzó impaciente, y respirando fuego:

«Basta, gritóle; obedecer te cumple;  
Ni lágrimas ni súplicas tolero:  
Tu suerte fija está... Sólo seis dias,  
Para que te prepares, te concedo.»

De su alcázar la bárbara opulencia,  
La pompa, la riqueza y el respeto  
De que se halló Kerima circundada  
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna  
Sola, sin madre, y absoluto dueño  
De sí, de su palacio, de sus siervas,  
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,  
La beldad, el saber, el claro ingenio,  
La adulacion continua y los aplausos,  
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante  
De la firmeza, dote de su pecho,  
Carácter que exaltaba nuevamente  
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía  
Del fiero padre al despiadado aspecto,  
Y al escuchar el bárbaro mandato,  
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á Kerima contener el lloro,  
Alzarse repentina, y con acento  
De alta resolucion, solemnemente  
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,  
Guardó un instante sepulcral silencio,  
Al puñal vengador llevó la mano,  
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra  
De amarga risa á su semblante horrendo,  
«Seis dias... nada más... Tiembla, infelice;  
Y tiembla de tu amor el vil objeto.»

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,  
Y la puerta cerró con tal denuedo,  
Que del vasto edificio retumbaron  
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,  
Do tiene sola la nodriza acceso;  
Vigilan á la entrada seis esclavos,  
Y custodian la puerta cien guerreros.

El venturoso Expósito entre tanto  
En vivas ansias del amor ardiendo,  
Cada tarde al sepulcro de Zahira  
Acude en busca de su amado dueño;

Encuentra siempre el fúnebre recinto  
Solo: sin fruto espera largo tiempo,  
Y en vano corre las vecinas selvas,  
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla  
De la insigne ciudad, y al fin envuelto  
Con su albornoz, se acerca recatado  
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al través de las verjas los jardines  
Observa y reconoce sin efecto:  
Los ojos alza á torres y azoteas,  
Y no ve indicio alguno de consuelo.



Pasó tres dias en tan triste ausencia  
En larga noche de dolor envuelto;  
Y el cuarto hácia la tumba de Zahira,  
Aun á esperar, el paso dirigiendo;

Se le acercó turbado y misterioso,  
Con arco y flechas, un esclavo negro,  
A quien de plata una bruñida argolla  
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, «en cuanto brillen  
Del manto de la noche los luceros,  
Solo, en la fuente del Amir espera:  
Tendrá allí tu afanar cumplido premio.»

Dijo, y sin esperar respuesta alguna  
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,  
Como el que de ser visto se recela,  
Entró, y los troncos le ocultaron luégo.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo,  
Sin saber qué pensar de tal encuentro,  
Aunque no duda que es de su Kerima,  
Fiel servidor y reverente siervo.

«Sí, conozco á este moro: es un esclavo  
De Giafar, y diestrísimo flechero;  
Pero es la primer vez que en mis amores  
Sirve de confidente el arduo empleo.

«Y Kerima... ¿á tal hora?... ¿en aquel sitio  
Inculto y apartado?... mas ¿qué temo?...  
¿Quién sabe los peligros que la cercan?  
¿Quién los rigores de su padre fiero?»

Así dice; y ocupa su alma toda  
El solo delicioso pensamiento  
De que va á ver á su gentil Kerima,  
Aunque oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano  
Que la Albaida domina, á paso lento  
Vaga, y espera la anhelada noche,  
Que nunca tanto retardara el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente  
Descender al ocaso, apareciendo  
Disco de sangre entre las nubes rotas,  
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,  
Dejaba sólo al vaporoso cielo  
Varios leves celajes de oro y grana  
Y una lista no más de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante  
Que esperaba con tal desasosiego,  
Y al indicado sitio alarga el paso,  
Mientras se iba el crepúsculo extinguiendo.

Poco más de mil pasos de la Albaida,  
Hácia poniente, entre árboles espesos,  
Una rambla de arena se conserva,  
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,  
De pardo musgo entapizado á trechos,  
En torno hay hondas quiebras y barrancos,  
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba  
(Hoy es un sitio temeroso y seco);  
Y allí llegó Mudarra, cuando el día  
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece  
A la curiosa vista en aquel puesto,  
Girando mudo en derredor los ojos,  
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad majestuosa,  
Que sobre el fondo del oscuro cielo  
Aún más oscuras sus excelsas torres  
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,  
Los pórticos, palacios y liceos;  
Y hoy un desnudo llano sólo viera,  
Pues hasta las ruinas perecieron (23).

Ve á la siniestra la tranquila Albaida,  
Que pudiera llamar su hogar paterno,  
Y á la espalda la sierra que se encumbra,  
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena  
Delante de su vista confundieron,  
Y junto al tronco de acopada encina,  
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oídos  
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,  
Y desde Zahara por el viento cunde  
Són confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albaida,  
La que alumbraba de Zaide el aposento;  
Y oyó en el llano pastoriles voces,  
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño:  
La luna se elevaba á paso lento,  
Pero oculta entre espesos nubarrones,  
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba  
Turbando sólo el general silencio  
De las áridas hojas el murmurio,  
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina,  
Agitado de varios pensamientos,  
Y áun de terror oculto poseído,  
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo;

Cuando el veloz galope de un caballo,  
Que se paró de pronto, oyó á lo léjos:  
Después moverse jaras y malezas,  
Cual si álguien se acercara hácia aquel puesto;

Y pasos, y... Mas cesa de repente  
Todo rumor, y el estridor violento  
Le sucede de un arco sacudido  
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando  
Por el turbante de Mudarra, el hierro  
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,  
Toscas cortezas derribando al suelo.

Álzase el jóven sorprendido, helado:  
Grita: «¡traicion!» y le responde el eco.  
El albornoz á la siniestra envuelve,  
Y con la diestra desnudó el acero;

Y oye cerca á una voz áspera, airada:  
«¿Es esta tu destreza?... toma el premio:  
»No errarás otro golpe... te lo juro...  
»Yo solo basto... Muere, infame negro.»

Un ay profundo, y el pesado golpe  
Sonó en seguida de quien cae al suelo,  
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,  
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

«¡Asesino!... ¡asesino!» el jóven grita,  
Y al fantasma se arroja con denuedo,  
Pues fantasma parece su enemigo,  
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid: sólo retumba  
De ambas cuchillas el sonoro encuentro:  
El incógnito pone gran cuidado  
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas és, y ágil pelea  
Con ira tal y con furor tan ciego,  
Que más que defenderse, herir procura,  
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Más este que ocupado en su defensa,  
Ve que reputacion pierde y terreno,  
Para con la siniestra un tajo, y pone  
La aguda punta del contrario al pecho:

Del contrario tenaz, que furibundo  
Se arroja sin pensar sobre el acero,  
De negra sangre cálido torrente  
Del traspasado corazón vertiendo.

Súbite el hierro matador retira  
Asustado Mudarra: hondo silencio  
Reinó un instante: un hórrido alarido  
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

El jóven retrocede horrorizado;  
Mas su noble valor recobra luégo,  
Y quiere conocer al enemigo  
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve  
El rostro que el barnuz tiene aún cubierto,  
Y á un rayo de la luna que resbala  
Por rotas nubes, reconoce... ¡oh cielos!

Al cruel Giafar, al padre de Kerima,  
Al primer personaje del imperio.  
No sabe dónde está, torna á mirarle;  
De su cabeza erizase el cabello;



Queda cual jóven escolar de un mago,  
Que ignorante en los libros del maestro,  
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca  
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Álzase de repente, y á la Albaida  
Huye veloz, como cobarde ciervo,  
Que estando descuidado en el arroyo,  
Ve aparecer al tigre carnicero.



#### NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(18) *Aliman*, prefecto de la oracion en la mezquita.—*Alfaquí*, doctor de la ley.

(19) Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permanecieron así en Toledo, fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los Sacramentos, con la misa y el *rezo* ordenados por San Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aún hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha *mozárabe*, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtárabe*, y segun otros, de *mustárabe*, voz arábica que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete, en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores.

(20) *Aberroes*, filósofo y médico cordobés, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentarios á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Atenas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

(21) El convento de la Arrizafa está poco más de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debian de tener los moros un cementerio, como lo demuestran varias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice: «Este año (756) mandó Abderrahman labrar la Rusafa, construyó y renovó la Calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenia maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma, que era entónces única, y de ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solia contemplar aquella palma el rey Abderrahman; la cual acrecentaba más que templaba su melancolía, por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma, que andan en boca de todos.

«Tú tambien, insigne palma,  
»Eres aquí forastera,  
»De Algarbe las dulces auras  
»Tu pompa halagan y besan:  
»En fecundo suelo arraigas,  
»Y al cielo tu cima elevas:  
»Tristes lágrimas lloraras,  
»Si cual yo sentir pudieras.  
»Tú no sientes contratiempos,  
»Como yo, de suerte aviesa:  
»A mí de pena y dolor  
»Continuas lluvias me anegan.

»Con mis lágrimas regué  
»Las palmas que el Forat riega,  
»Pero las palmas y el rio  
»Se olvidaron de mis penas,  
»Cuando mis infaustos hados  
»Y de Alabás la fiereza  
»Me forzaron á dejar  
»Del alma las dulces prendas.  
»A tí de mi patria amada  
»Ningun recuerdo te queda;  
»Pero yo triste no puedo  
»Dejar de llorar por ella.»

(22) Aún se llama *Castillo de Albaida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada segun se describe en este pasaje del poema, y perteneciente á los condes de Hornachuelos.

(23) Parece increíble que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. «El rey Abderrahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo; y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas y y espeso bosque mandó edificar allí un alcázar, con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos; y lo que ántes habia sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcázar, obra grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y trescientas columnas de preciosos mármoles, todas de maravillosa labor. Entraban cada día en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería, que eran infinitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pintados de oro y azul con elegantes ataujías y enlazadas labores: sus vigas, traveses y arcos de madera de alerce de prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina en pilas, conchas y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del Califa, habia una fuente de jaspe, que tenia un cisne de oro en medio, de maravillosa labor, que se habia trabajado en Constantina, y sobre la fuente del cisne pendia del techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el emperador griego. Contiguos al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales y bosquecillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, estaba el pabellon del rey, donde descansaba cuando venia de caza. Estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos capiteles dorados. Cuentan que en medio del pabellon habia una grande concha de pórfido, llena de azogue vivo que fluia y refluia artificiosamente, como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que deslumbraba. Tenia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura. Las alcatifas, cortinas y velos, tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran de maravillosa labor, que parecian vivas y naturales á los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mundo, que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahrá, del nombre de una hermosa esclava del rey, á la cual amaba y distinguia entre todas las otras de su haren. Edificó en Medina Azahrá una mezquita, que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la Zeca, ó casa de moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra principal el año 325; y dice Xaquiqui, que costó sumas inmensas, etc., etc.»

Por muy exagerada que se suponga esta descripcion, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrá, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que sólo tiene una cerca moderna con establos para la cría de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja*.